

PROLEGÓMENOS A TODA HISTORIA FUTURA DE SAN JOSÉ, COSTA RICA

Steven Palmer*

"LA CIUDAD, TAL Y COMO UNO LA ENCUENTRA EN LA HISTORIA,
ES EL PUNTO DE MÁXIMA CONCENTRACIÓN PARA
EL PODER Y LA CULTURA DE UNA COMUNIDAD".

LEWIS MUMFORD, *The Culture of Cities*

Resumen

El trabajo es un intento inicial de resumir la historia de San José, Costa Rica, desde su fundación a mediados del siglo XVIII, hasta su metamorfosis en metrópoli en miniatura a finales del siglo XIX. El auge tardío de la ciudad dejó al pueblo una capacidad de transformarse rápidamente en cuanto a sus arreglos espaciales y sus costumbres en la segunda mitad del siglo XIX. La ciudad fue centro no sólo de la política, la administración, la cultura y las finanzas de la República, sino de su misma economía de exportación. El trabajo sugiere que el desarrollo de San José favoreció la formación de un modernismo conservador entre la oligarquía cafetalera de la ciudad, lo cual llamó muy temprano por una política social intervencionista para evitar las crisis resultando de la llamada "cuestión social".

Abstract

The article is an initial attempt to summarize the history of San José, Costa Rica, from its foundation in the mid-eighteenth century to the advent of a metropolis in miniature about the end of the nineteenth century. The city's late blossoming left its populace capable of rapidly transforming its spatial arrangements and mores in the second half of the nineteenth century. The city was the center not only of politics, administration, culture and finance, but also of the agroexport economy itself. The article closes by suggesting that San José's development favored the growth of a conservative modernism amongst the city's coffee oligarchy, one that called very early for interventionist social policy to preempt crises arising from the so-called "social question."

Todavía es imposible escribir una historia definitiva de San José. Queda por hacer mucha investigación de base antes de que semejante síntesis pueda darse. Sin embargo, en vez de contribuir

* Steven Palmer es canadiense y obtuvo un doctorado en Historia Latinoamericana en la Columbia University. Escribe en *The Great Eastern: Newfoundland's Cultural Magazine*, es comentarista en la Canadian Broadcasting Corporation y realiza investigaciones sobre la historia de la política social de Costa Rica. Recientemente impartió cátedra en la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica.

a esclarecer un hecho discreto acerca de la historia josefina con base en fuentes primarias, lo que me gustaría hacer en este trabajo es recoger y ordenar la historiografía existente que aborda distintos aspectos de la formación del ámbito josefino, y combinar esto con fragmentos que he encontrado en el transcurso de mis propias investigaciones. El resultado intenta ser una historia preliminar de la ciudad de San José, desde sus oscuros orígenes a mediados del siglo XVIII, hasta 1900, cuando se ven los primeros signos del fin de lo que José Luis Romero define como la edad de "la ciudad burguesa" (o el amanecer de "la ciudad masificada").¹ Al escribir esta historia hipotética, he buscado siempre sugerencias y probabilidades en la abundante y excelente historiografía del urbanismo en América Latina (y en el resto del mundo), y he tratado en todo momento de ubicar lo nuestro por medio del caso comparativo. Espero que el resultado sea un sugestivo esbozo histórico de una ciudad que ha sido, tomada en sus múltiples manifestaciones, la fuerza más significativa en la formación de la Costa Rica moderna.

ORÍGENES Y CAMINO A LA PREMINENCIA (1750-1840)

Según Cleto González Víquez —demógrafo, reformador positivista, abogado, dos veces presidente de la República (1906-1910, 1928-1932) e historiador urbano—, la primera ermita de la parroquia de San José de la Boca del Monte se fundó en 1738 por órdenes del Cabildo de León, que en esa época tuvo la provincia de Costa Rica bajo su dominio administrativo. González Víquez cita un informe del obispo Morel fechado en 1751. Después de una visita a la región occidental de la Meseta Central, Morel describió el pueblo como compuesto de "11 casas de teja y 15 de paja, sin formar plaza ni calle". Cuatro años más tarde, en 1755, Tomás López de Corral, el alcalde ordinario de Cartago, la capital y el principal asentamiento de la provincia, ordenó a todos los residentes del llamado Valle de Aserrí establecer residencia fija en la Boca del Monte, bajo pena de una multa significativa. Poco después, otro edicto amenazó con el destierro y la quema de sus ranchos a los

¹ Véase José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, 3ª edición (México: Siglo XXI, 1976).

que continuaran resistiendo su traslado. Para el año de 1760, hay referencia a una plaza y a una casa de cabildo.²

Estos fragmentos describen los humildes principios de San José de la Boca del Monte, también conocido en el siglo XVIII como Villita y Villa Nueva (para distinguirla de Villa Vieja, hoy Heredia, fundada a principios del siglo XVIII). Sólo sesenta años más tarde, en el momento de la independencia de Centroamérica, San José era el más dinámico de los cuatro pueblos principales de la provincia de Costa Rica, todos ubicados a unos cuantos kilómetros uno de otro, en el Valle Central. Cartago y Heredia, sus predecesores, y Alajuela, el más joven competidor, disputaban a San José la preponderancia en la dirección del destino del territorio. Ya para el año de 1840, San José era el vencedor inequívoco de esta lucha.

En la imaginación histórica de los costarricenses se ha establecido una equivalencia mitopoética entre San José, la Independencia, el siglo XIX, la República y el café (a pesar del hecho de que las fechas que podrían corresponder en forma verosímil al momento del surgimiento de los anteriores serían, respectivamente, 1755, 1821, 1800, 1848 y 1830: una variación de casi un siglo). Estos cinco significantes se confunden —en la metahistoriografía, en el discurso oficial y en la memoria colectiva— en un *origen* de su ser moderno. Su intercambiabilidad metonímica, que también funciona utilizando conceptos como la libertad, el progreso y la blancura, permite varios juegos dentro de las ideologías dominantes del país. Entre ellos, podemos mencionar los de evitar reconocer un peso colonial en la configuración del país, de negar una etnicidad extra-europea y de ofuscar los vínculos históricos con los demás centroamericanos. Hacer la historia de San José está entre las mejores maneras de caminar más allá de estas semiverdades. Pero tampoco debe sorprender que hacer la historia de San José implica entrar de una vez en las polémicas que han surgido en los últimos 25 años, acerca de la naturaleza de los principios de la feliz e igualitaria república cafetalera.

En su influyente libro sobre la formación del Estado en Costa Rica, publicado originalmente en 1967, Rodolfo Cerdas Cruz concluye, sin

² Citados en Cleto González Víquez, "San José y sus comienzos", en *Obras históricas*, tomo I (San José: Antonio Lehmann, 1958), pp. 482-485. González Víquez no suministra los detalles completos de sus fuentes, y valdría la pena desenterrar y releer los documentos de Morel y López de Corral.

cualquier evidencia (pero presuntamente con el conocimiento de los documentos citados por González Víquez a principios de este siglo), que la ciudad de San José la fundaron los españoles en 1755 como un asentamiento forzado.³ Por otro lado, Lowell Gudmundson mantiene que San José nunca recibió la condición formal de ciudad o fundación, y que debe su existencia como asentamiento a la predisposición cultural de los colonos a agruparse en pueblos.⁴ La diferencia de perspectivas se relaciona con el debate acerca de la forma en que la región occidental de la Meseta Central, a partir del siglo XVIII, experimentó su colonización. En un lado del espectro está el argumento de que el poblamiento se efectuó por medio de familias campesinas que laboraban sus chácaras dispersas y autosuficientes, con una leve participación en la agricultura comercial; al otro lado tenemos la tesis de una colonización agrícola que avanzó por medio de una serie incremental de asentamientos nucleados.

Es común en la historiografía, tanto progresista como la de la llamada "historia patria", representar a San José (con Alajuela, el hermano menor) como un pueblo esencialmente igualitario y republicano, en oposición fundamental contra Cartago (y su prole, Heredia), como centro de una economía feudaloide y de estructuras y actitudes políticas coloniales, aristocráticas y monárquicas. En alguna literatura, esta división se representa entre San José, la ciudad "abierta", y Cartago, la ciudad "cerrada". Estas oposiciones polares se refieren a un nexo de factores que incluye la naturaleza del cabildo, el control sobre las tierras comunales, la flexibilidad de la estratificación social y la división del trabajo y la relación entre el pueblo y el campo circundante.

En las versiones liberales, social-demócratas e izquierdistas de la narrativa nacional en el siglo XVIII, el campesinado disperso alrededor de San José establece una sociedad más igualitaria y una economía más comercial. Su capacidad de llevarlo a cabo es función de su

³ Véase Rodolfo Cerdas Cruz, *Formación del Estado en Costa Rica (1821-1842)*, 3ª edición (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1985), pág. 67. Lo mismo está sugerido, otra vez sin evidencia, en José Luis Vega Carballo, "San José: tenencia de la tierra y nuevos grupos sociales en el siglo XIX", en Rodrigo Fernández V. y Mario Lungo Uclés, compiladores, *La estructuración de las capitales centroamericanas* (San José: EDUCA, 1988), pág. 169.

⁴ Lowell Gudmundson, *Costa Rica Before Coffee. Society and Economy on the Eve of the Export Boom* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1986), pág. 34.

distanciamiento del poder colonial de la vieja y feudal Cartago, y de su dispersión e individualismo, que les transforma en una especie de *yeoman farmer* (pequeño finquero). Estas características siguen animando a la comunidad josefina —aún después y a pesar del asentamiento forzado de 1755, efectuado por los poderes tiránicos de Cartago— para restablecer su control reaccionario. Estas dos tendencias políticas —el colonialismo con sus castas, privilegios y monopolios, por un lado, y el republicanismo, con sus libertades individuales y comerciales, por otro— eran la base de la lucha entre Cartago y San José en la época de la Independencia; por una parte, Cartago siempre en busca de la anexión al imperio mexicano de Iturbide y, por otra, San José proclamando una especie de autonomía republicana. Este retrato de las dos ciudades complace a la historia patria, porque permite representar el triunfo de San José y su posterior economía cafetalera como una victoria de la igualdad, la libertad y el progreso; complace a los análisis marxistas, como el de Cerdas, porque ofrece un ejemplo criollo del triunfo de una burguesía agraria sobre una variante de una aristocracia feudal.⁵ Las corrientes social-demócrata y marxista ven en la posterior expansión de la economía cafetalera una creciente proletarización de los descendientes de esos pequeños productores. Para los social-demócratas, esta proletarización era la perversión del espíritu auténtico del país; a ojos de los marxistas, era el primer paso hacia la revolución socialista. Sin embargo, en cuanto al momento de la ascendencia de San José, todos tenían más o menos la misma visión.

Desde una distinta perspectiva materialista, Gudmundson ha ofrecido una explicación alternativa para el desarrollo josefino. Postula que la colonización agrícola del siglo XVIII se caracterizó por el asentamiento nucleado de una pobreza casi al nivel de subsistencia, mantenido como la norma social, gracias a un control jerárquico y a una mentalidad colectiva que abrazaba la vida aldeana. Según Gudmundson, cada pueblo nuevo experimentaba una especie de democracia rural, hasta que las presiones maltusianas y la tradición de la herencia partible crearon una sociedad estratificada dentro del pueblo. En aquel momento, algunas de las nuevas generaciones presionadas

⁵ Para una exhaustiva discusión de la evolución de esta concepción en la historiografía, véase Iván Molina Jiménez, "El Valle Central en la Independencia", *Revista de Historia* (UCR - UNA) 14 (1986): 85-114. Gudmundson también resume el debate en *Costa Rica Before Coffee*, pp. 1-24.

se transformarían en pobladores que se unirían en nuevos asentamientos en la frontera agrícola, para reproducir el mismo proceso. Gudmundson especula que, en gran parte, el poblamiento inicial de San José —y luego de Alajuela— fue llevado a cabo por mestizos y pardos con poca influencia entre los oficiales reales asentados en Cartago. Argumenta que, por esa razón, ningún pueblo recibió un fuero. A pesar de esto, San José se organizó en cabildo a finales del siglo XVIII, y recibió de la Corona tierras municipales. Estas se alquilaron a productores directos, pero por lo general temporalmente (resultado de una impermanencia acentuada por la tendencia a cultivar por medio de rosa y quema). Aunque Gudmundson concurre que este sistema tenía más ambigüedad que el sistema ejidatario vigente en Cartago, no necesariamente aseguraba el desarrollo de un sistema de tenencia de la tierra privada. Es más, argumenta, principalmente con base en el censo de 1844, que en la mayoría de aspectos claves —la actividad comercial, la división del trabajo, las categorías ocupacionales y la ausencia de un cultivo comercial anterior al café que sirviera como obstáculo— Cartago era tan “abierto” como San José.⁶ A partir de este análisis de la economía precafetalera, Gudmundson sostiene su tesis de que la Costa Rica caracterizada por un igualitarismo rural relativo entre pequeños productores comerciales era producto de la etapa inicial de la expansión de la economía del café, en vez de su causa.

Los trabajos de Iván Molina y de Patricia Alvarenga también han subrayado la importancia de presiones maltusianas alrededor de Cartago en el oriente del Valle Central.⁷ Ambos, sin embargo, cuestionan la representación que hace Gudmundson de una sociedad cartaginesa básicamente tan “abierta” como su contraparte josefina. Alvarenga enfatiza que entre los principales atractivos para los colonos del occidente del Valle Central estaba precisamente el menor control ejercido por oficiales reales y del cabildo sobre cuestiones de cultivo, y de la vida en general. Por ejemplo, en el oriente, por órdenes de los oficiales, los campesinos ejidatarios tenían que cultivar maíz para el abasto de Cartago, un mercado controlado que era poco atractivo. Los campesinos

⁶ Gudmundson, *Costa Rica Before Coffee*, pp. 31 y 46.

⁷ Véase Iván Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991); y Patricia Alvarenga Venutolo, “La composición de la producción agropecuaria en el Valle Central costarricense. Un estudio comparativo de las regiones de Oriente y Occidente, 1785-1805”, *Revista de Historia* 16 (1987): 53-83.

en el occidente del Valle Central participaban en mayor escala en la agricultura comercial, sobre todo en el cultivo de la caña y del plátano. Esto, combinado con la experiencia posterior con el tabaco de los productores josefinos, significaba que la frontera occidental sí era efectivamente más “abierta” que en las comunidades del oriente, al alcance del poder cartaginés (si por “abierta” se entiende la existencia de un estrato de campesinos cómodos y de productores directos con más posibilidades de participar en la agricultura comercial naciente).⁸

Molina, por su parte, para el período comprendido entre 1750 y 1850 delineó una tasa de crecimiento demográfico en el occidente del Valle significativamente más alta que la del oriente; entre ese crecimiento del Valle occidental, el incremento en el área alrededor de San José sobrepasaba el de Heredia para 1780, y seguía superando a todos sus rivales. Molina presenta un proceso, entre 1750 y 1780, de esfuerzos oficiales por asentar a los productores libres y dispersos, y de continuo abandono de las villas por parte del campesinado. A partir de esa última fecha, el poblamiento nucleado era la norma, pero sin haber resultado en un control exiguo de parte de los poderes cartagineses.⁹

La causa del traslado del centro de dinamismo demográfico y económico hacia San José sigue siendo un enigma, “aunque se puede conjeturar que el éxito josefino fue favorecido por la emigración de labradores de Heredia hacia Alajuela y San José y por la importancia creciente que adquirió la siembra del tabaco, proceso fortalecido en 1815 por la Factoría, al limitar el cultivo de la planta a Villa Nueva”.¹⁰ Evidencia (posiblemente exagerada y ciertamente no desinteresada, como nos avisa Molina) del efecto del monopolio tabacalero sobre el crecimiento de San José se encuentra en el testimonio del Factor Real del Tabaco, Mariano Montealegre, nativo de Guatemala y residente de San José. En 1818 declaró que los últimos diez años habían visto erigidas “una multitud de casas buenas y salir del polvo de la nada a los que habitan estas”, así como la llegada desde las áreas circunvecinas de muchas familias; “¿y esto a quién se le debe sino es a la Renta?”¹¹

⁸ Patricia Alvarenga Venutolo, “La composición de la producción agropecuaria”, pp. 65-68.

⁹ Véase Iván Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 57, para un gráfico sobre crecimiento demográfico, y pp. 140-145 sobre el asentamiento alrededor de San José.

¹⁰ Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 76.

¹¹ Molina Jiménez, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 59.

LA CIUDAD INDIANA

Con esto terminamos con las contribuciones de más importancia para nuestro tema. Casi no hay que mencionar que, en su conjunto, estos diversos trabajos no ofrecen ninguna interpretación completa ni precisa de los orígenes de San José. Es más, aunque en ciertos aspectos claves las historias mencionadas aquí se contradicen, en términos generales dan a escoger entre diferencias más tendenciales que mutuamente exclusivas. Hay que destacar que las interpretaciones consideradas aquí son secundarias, en el sentido de que surgen en el contexto de enfoques sobre fenómenos que no incluyen el del desarrollo urbano de San José. En esperas de un nuevo estudio sistemático, que podría encontrar nuevas fuentes y métodos para abordar el tema, tal vez valdría la pena aquí explorar el asunto en un nivel más comparativo y general.

Por ejemplo, podríamos tomar en cuenta el contexto borbónico de la fundación de San José. Esto porque, siguiendo la síntesis del historiador urbano Richard Morse, el Estado borbónico promocionaba el asentamiento de poblaciones rurales por dos razones: por un lado, para mejor gravar y controlar a sus sujetos; y por otro, para descentralizar a los sistemas urbanos de las provincias, debilitando así las jerarquías locales, para luego imponer más fácilmente la voluntad de la Corona sobre cada componente urbano.¹² El efecto de las políticas borbónicas sobre el destino de San José no fue insignificante: la Factoría de Tabaco, una tardía adición borbónica a Costa Rica (1782), se estableció en San José en vez de Cartago, y el cultivo lucrativo se restringía a San José y a Heredia en 1784 y solamente a San José en 1814.¹³ Así que el breve otorgamiento del monopolio de tabaco para la Audiencia de Guatemala entera a la provincia de Costa Rica, entre 1788 y 1792, motivado por la política de promover las economías regionales y debilitar la preeminencia de la Ciudad de Guatemala, tuvo un efecto parecido dentro de Costa Rica, desde 1782 hasta la Independencia: favoreció la

¹² Richard Morse, "Urban Development", en *Colonial Spanish America*, Leslie Bethell, editor (Cambridge, U.K.: Cambridge University Press, 1987), pp. 198-199.

¹³ Véanse, Víctor Hugo Acuña Ortega, "Historia económica del tabaco en Costa Rica. Epoca colonial", *Anuario de Estudios Centroamericanos* 4 (1978): 301-303; y también Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 22.

elevación de Villa Nueva a expensas de Cartago y, finalmente, de Heredia también.

Negar el carácter colonial de los principios de San José sería un error. Además del papel de la Factoría, podemos destacar el estilo de confluencia entre rango social y espacio. La ciudad se conformaba al patrón damero, ajedrezado, con su plaza principal alineada por los cuatro puntos cardinales, con su catedral y su cuartel, y sus calles saliendo de la plaza en ángulos rectos. Además, como ha demostrado Carolyn Hall, entre 1795 y 1835, los dueños de las propiedades más cercanas a la plaza central eran los residentes económicamente preeminentes de San José; la mayoría, a partir de 1830, caficultores y exportadores.¹⁴ Entonces, igual que en el caso de Cartago, la capital colonial, los josefinos que ocupaban posiciones más altas en la jerarquía social tenían sus “casas de morada” en los alrededores inmediatos del punto céntrico de la ciudad.¹⁵

Aunque no sabemos cuáles mecanismos permitieron a esas familias apoderarse de los lotes céntricos, en la época borbónica lo usual era que fueran determinados más por consideraciones económicas que por su propia casta (como había sido el caso en Cartago y otras ciudades fundadas en el camino de la conquista original).¹⁶ No obstante, lo cierto es que desde finales del siglo XVIII la población de San José tenía un carácter estratificado que incluía a comerciantes (algunos oriundos de familias pudientes de Cartago) y a agricultores acomodados. Es plausible que el apoderamiento de los solares principales se basara en las recomendaciones para fundaciones, siempre seguidas en el siglo XVIII, de la *Recopilación de las Leyes de los Reinos de Indias* de 1680, para proceder según “esfera, calidad y familia de los pobladores” —aunque, por supuesto, la ley sólo

¹⁴ Carolyn Hall, *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica* (San José: Editorial de Costa Rica, 1982), pp. 74-75.

¹⁵ Al respecto, véase Arnaldo Moya, “Cultura material y vida cotidiana. El entorno doméstico de los vecinos principales de Cartago, 1750-1820”, en *Héroes al gusto y libros de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, Iván Molina Jiménez y Steven Palmer, editores (San José y South Woodstock, Vermont: Editorial Porvenir y Plumsock Mesoamerican Studies, 1993), pág. 13.

¹⁶ Sydney D. Markman, “The Gridiron Town Plan and the Caste System in Colonial Central America”, en *Urbanization in the Americas from its Beginnings to the Present*, R. P. Schaedel et al., editores (The Hague, Netherlands: Mouton Publishers, 1978), pág. 485.

formalizaba una práctica ya establecida tras casi dos siglos de fundaciones de ciudades en las Américas.¹⁷

Mientras esperamos más investigación sobre los hechos concretos de la edificación inicial de San José, basta subrayar que este diseño básico —círculos concéntricos que emanan de un punto central y que corresponden a una jerarquía social— es un rasgo fundamental de la organización y, de allí, de la mentalidad colonial; esto era igualmente un rasgo fundamental de la constitución de San José. El diseño no fue formalmente abandonado por otro, menos geométrico y figurativo, sino hasta finales del siglo XIX. También queda por investigar más sobre la relación entre San José y sus pueblos cercanos, Curridabat y la Puebla. Es común entre los estudiosos insistir en que San José no debe su localización a la explotación de pueblos de indios (como era el caso en Cartago y luego en Heredia). Sin embargo —y aparte del robo sistemático de terrenos de las comunidades indígenas por parte de los agricultores josefinos, a lo largo del siglo XIX—, habría que ver si Curridabat era el pueblo de indios de los josefinos y si la Puebla, un barrio separado del sur del casco principal, era el pueblo de los pardos, como el de mismo nombre al lado de Cartago. Aún en 1825, el viajero John Hale habló de actores indios y negros en las representaciones teatrales de Navidad.¹⁸ Todas estas correspondencias subrayan el hecho de que la civilización urbana aplicada en el momento de crear y erigir la Villa Nueva, era heredada de la cultura colonial, vía Cartago.

En la primera mitad del siglo XIX, varios viajeros comentaban acerca del aspecto más “colonial” de Cartago en relación con San José; por ejemplo, su mayor número de iglesias y su carácter callado y antiguo. Sin embargo, estas impresiones más bien ponen de relieve la calidad de San José como pueblo borbónico por excelencia. Aquí surge la primera característica singular de San José en el contexto centroamericano (y latinoamericano). Jorge Hardoy indica que, entre 1800 y 1860, no habían ciudades fundadas en América Latina que

¹⁷ Citado en Francisco de Solano, “La ciudad iberoamericana durante el siglo XVIII”, en *De Teotihuacán a Brasilia. Estudio de historia urbana iberoamericana y filipina*, Gabriel Alomar, editor (Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1987), pág. 281.

¹⁸ John Hale, “Seis meses de residencia y viajes en Centroamérica, etc.”, en *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*, Ricardo Fernández Guardia, compilador, 5ª edición (San José: EDUCA, 1985), pág. 30. Aunque Hale no especifica que esto pasaba en San José, es implícito en sus comentarios.

posteriormente asumieran una importancia nacional; que efectivamente los sitios del poder en el continente se establecieron durante la colonia. Aunque San José no es exactamente una excepción a esta regla, ya que se estableció en la segunda mitad del siglo XVIII, su época de auge fue a principios del siglo XIX. Efectivamente, San José es la única ciudad preeminente en la Centroamérica decimonónica que no tuvo sus orígenes en el siglo XVI (a parte, por supuesto, del caso anómalo de la nueva Ciudad de Guatemala).¹⁹

Aunque el siglo XVIII era una época de activa fundación en el imperio español, la ciudad dieciochesca era casi siempre una ciudad establecida, en el contexto del auge demográfico, para extender las fronteras de centros ya consolidados. Gran cantidad de los nuevos asentamientos eran presidios, sobre todo en Chile y México. Sin embargo, ni los presidios ni los poblados agrícolas ni portuarios asumieron más que una importancia provinciana, subordinados a los antiguos centros administrativos y comerciales. Solamente Montevideo (fundada en 1726) y San José eran ciudades del siglo XVIII que llegaron a ser centros primarios en el siglo XIX.²⁰ Por supuesto, si la Audiencia de Guatemala se hubiera transformado en Estado nacional, San José se habría mantenido como un centro provinciano y, a largo plazo, probablemente ni ella ni las otras ciudades capitales de Centroamérica (aparte de la Ciudad de Guatemala) habrían crecido como lo hicieron. Las grandes ciudades encefálicas de la Centroamérica del siglo XX deben su crecimiento, más que todo, a la existencia de los micro-Estados nacionales.

Finalmente, lo único que tenemos para explicar la ascensión de San José a la preeminencia provincial es un dinamismo comercial y demográfico, que se demostró como una base suficiente para la subordinación de sus rivales en los veinte años que sucedieron la Independencia. Otro indicador de este dinamismo, como señala Molina, fue que después de 1821, comerciantes foráneos, casi sin excepción,

¹⁹ Jorge E. Hardoy, "Two Thousand Years of Latin American Urbanization", en *Urbanization in Latin America: Approaches and Issues*, Jorge E. Hardoy, editor (New York: Anchor Press, 1975), pág. 45. Markman, "The Gridiron Town Plan", pág. 472. Otra excepción parcial a esto es el caso posterior de Managua, que ofrecería un paralelo interesante, si tuviéramos algún dato acerca de ello. Sin embargo, la clara preeminencia de Managua es un fenómeno del siglo XX.

²⁰ Hardoy, "Two Thousand Years of Latin American Urbanization", pp. 30-36.

se radicaron en San José debido a la mayor presencia material e institucional que tuvo la ciudad. Esto, combinado con la decadencia de los viejos contactos comerciales con Panamá y Nicaragua, y el crecimiento de estrechos vínculos con el capital británico, favoreció más a los mercaderes de San José que a los de Cartago, Heredia y Alajuela.²¹ Pero no había nada “natural” en la posterior concentración del café alrededor de San José. Más bien, el éxito josefino con el café se debió a la primacía política lograda por la ciudad después de la Independencia, junto con la mayor participación en la agricultura comercial entre los productores josefinos y un acceso mayor al crédito.

Todas las batallas claves entre las cuatro municipalidades de la Meseta ocurrieron antes del establecimiento de vínculos seguros para la exportación del café en el decenio de 1840. La Batalla de Ochomogo (1823), la Guerra de la Liga (1835) y la caída de Morazán (1842) fueron todos acontecimientos resueltos en favor de San José (igual que la rebelión de Alajuela y Heredia en 1848, un mero eco final de las luchas de antaño, en vísperas de la declaración de la República de Costa Rica, por parte de los principales ciudadanos de San José). El tremendo éxito de la economía cafetalera después de 1840, más que causar, aseguraba y confirmaba la primacía de San José. Para la quinta década del siglo pasado, como lo expresa Molina, Costa Rica fue marcada por dos realidades: “San José, cabeza del país, fuente crediticia, capital del comercio y centro político; el café, producto de exportación, dinamizador del mercado interno y eje de la urdimbre”.²²

CIUDAD CAFETALERA (1840-1900)

José Luis Romero llama “patricias” a las ciudades de mediados del siglo XIX, “porque en ellas se desarrolló el experimento fundamental del proceso constitutivo de cada país y en su ámbito se consolidó la nueva clase directora, con sus peculiares maneras de vivir y pensar”.²³ San José cabe bien dentro de esta categoría: la declaración de la República en 1848 fue obra de los patriarcas de la ciudad (después de

²¹ Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 214.

²² Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pp. 299 y 301.

²³ Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pág. 173.

haber subyugado terminantemente a sus rivales de las otras municipalidades). Podríamos hasta decir que la creación de un aparato estatal permanentemente operativo, que no se ve hasta la década de 1850, así como la elaboración de un discurso nacional, era fundamentalmente la josefinización del país. De hecho, San José era más patricia que la gran mayoría de sus contrapartes latinoamericanas, dado que los grupos dirigentes no tenían que subordinarse al caudillismo rural. Tampoco después de 1842, tenían que aguantar el estancamiento de energías políticas divididas entre igualmente fuertes bases municipales del poder (como ocurrió en Nicaragua, El Salvador y Honduras). Hasta bien entrado el decenio de 1850, San José dominaba totalmente la economía cafetalera, debido al acceso privilegiado al crédito público y privado del que disfrutaban los josefinos.

Además de ser una ciudad patricia, San José era buen ejemplo de una "ciudad abierta", como la define Braudel: no diferenciada de su traspais sino mezclada con el mismo; como los pueblos de Grecia antigua, en realidad la suma del pueblo y su campo circundante. Braudel mantiene que la ciudad iberoamericana era casi siempre una ciudad abierta; que la historia de los pueblos occidentales en América empezó desde cero.²⁴ Lo tal vez curioso en el caso josefino es que la ciudad conservaba estas características hasta bien entrada la época del auge agro-exportador. Como señala Hall, en el siglo XIX la mayoría de los cafetaleros vivían en San José (hasta el decenio de 1890, en las mejores casas alrededor de la plaza central), aunque probablemente supervisaban sus fincas personalmente. No obstante, la división del trabajo, el *sine qua non* de la existencia de una ciudad, era directamente determinada por el café. Por cierto, los comerciantes se involucraban en el cultivo, el procesamiento y la venta del grano; pero hasta los del estrato naciente de profesionales en el paisaje urbano —abogados, médicos, farmacéuticos y maestros— intentaron cuando fue posible transformarse en cafetaleros. No nos sorprendería encontrar que las ganancias de cualquier sector (desde el artesanal hasta el terciario) resultantes del auge, hayan sido redirigidas hacia una inversión directa en el cultivo del café. Es probable que algunos campesinos prósperos siguieran

²⁴ Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe siècles*, 3 tomos (Paris: Armand Colin, 1979). *Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*, I: 453 y 459-460.

viviendo en San José, y cultivando fincas en sus alrededores. Incluso los residentes de los estratos menores trabajaban como asalariados durante la cosecha. Según Hall, a mediados del siglo XIX, "San José se veía casi desierta durante la época de la recolección".²⁵

Podríamos señalar la misma relación en una manera más poética. Desde el decenio de 1830 hasta bien entrado ese siglo, cuando el campo alrededor de San José empezaba a dedicarse al cultivo intensivo del café, la ciudad disfrutaba de una armonía orgánica entre los colores de sus alrededores agrícolas y los de sus exteriores urbanos. En términos básicos, la armonía se encontraba en la complementariedad de rojo, verde, blanco y celeste. Este típico pueblo colonial ofrecía un espectáculo de adobes encalados, tejas y huertas que sobresalían de los patios interiores. Un editorial de 1846 en *El Costarricense*, el periódico oficial, describía el ciclo de colores en las fincas: "En abril, se observaba la más maravillosa mezcla de hojas verdes con flores blancas, y en diciembre contrastaba el frondoso follaje con los racimos de frutas rojas".²⁶ La ciudad había transformado a su traspais en su propia imagen. Los josefinos vivían su periferia agrícola en todo sentido; desde cualquier punto de la ciudad, sin importar la dirección en que echaran un vistazo, o se embarcaran en una caminata, los residentes siempre terminaban contemplando una extensión de cafetales. Ni siquiera los toques modernos lograron romper esta complementariedad. En 1858, al describir el nuevo Palacio Nacional, Thomas Francis Meagher quedó impresionado por la imitación del granito azul de las paredes exteriores que, "aunque delineado por un alemán, presenta un alegre aspecto italiano que armoniza con el cielo sereno y brillante que sirve de dosel al valle de San José".²⁷

Para la década de 1850, el éxito cafetalero de San José creó un mercado interno de lo que habían sido las economías más o menos discretas del Valle Central. Con la dedicación de más y más terreno al cultivo del grano de oro —primero alrededor de San José, luego en Heredia—, se hizo viable una especialización comercial en la provisión de comestibles, ganado y materiales. El gran mercado de los sábados

²⁵ Hall, *El café y el desarrollo*, pp. 55, y 74-75.

²⁶ *El Costarricense* (5 de diciembre de 1846): 13, citado en Hall, *El café y el desarrollo*, pág. 73.

²⁷ Thomas Francis Meagher, "Vacaciones en Costa Rica", en *Costa Rica en el siglo XIX*, Fernández Guardia, compilador, pág. 395.

en San José era la expresión más visible y vital de este dinamismo económico. En 1853, el aventurero alemán Wilhelm Marr lo describió de la siguiente manera:

La gran plaza se cubre de barracas cubiertas de lienzo, en las que el pequeño comercio pone también en venta todos los productos de la industria extranjera. Campesinas jóvenes, con sus trajes pintorescos y, puestas en cuclillas en el suelo, ofrecen huevos, frutas, mantequilla, etc. Vienen indios al mercado trayendo maíz y cacao. Vendedores ambulantes, muchachos de nueve a diez años, circulan con su pacotilla, la que a menudo se compone de pocos artículos, tales como agujas, hilo y cintas. Se comercia, a pie y a caballo, en géneros de vil precio.²⁸

Traslapando con este ágora había una especie de *polis*, ya que los comerciantes principales eran también los líderes políticos. Marr siempre podía observar al presidente Juan Rafael Mora y sus más importantes ministros de Estado, planeando personalmente su comercio en sus propios establecimientos, y luego reuniéndose en la gallera, al lado del cabildo, apostando junto con los sectores medios y los plebeyos del pueblo y campo. Gobernar en la década de 1850, aunque ya no teñida con la democracia y el republicanismo popular como en la época inmediatamente posterior a la Independencia, sí era una actividad de figuras verdaderamente "públicas" (en el sentido inmediato y físico de la palabra). Si el gobierno era autoritario, lo cierto es que, entre 1835 y 1870, San José era teatro de la intriga política entre facciones rivales de la comunidad patricia de comerciantes y figuras claves del ejército, pero —aparte del levantamiento popular de 1842 en contra de Morazán— nunca de confrontaciones violentas entre el populacho y los patriarcas.

La capital no experimentó una explosión demográfica durante el siglo XIX, aunque mantenía más o menos el mismo ritmo de crecimiento poblacional que el resto del país (Cuadro 1). Es cierto que, como dice Gudmundson, Costa Rica experimentó un proceso de ruralización a través del siglo pasado.²⁹ Pero también lo es que el urbanismo dinámico de San José dirigía, entre 1840 y 1897, una economía cafetalera en un

²⁸ Wilhelm Marr, "Viajes a Centroamérica", en *Costa Rica en el siglo XIX*, Fernández Guardía, compilador, pág. 178.

²⁹ Gudmundson, *Costa Rica Before Coffee*, pp. 147-150.

estado casi permanente de expansión. Fue este el motor principal de la ruralización, haciendo tanto posible como necesaria la colonización agrícola y pavimentando con oportunidades económicas, sociales y políticas los caminos hacia esas fronteras.

CUADRO I
POBLACIÓN DE SAN JOSÉ ENTRE 1844 Y 1927

Año	Costa Rica	San José	Porcentaje de C.R.
1844	104,000	6,497	6.2
1864	120,499	8,863	7.4
1883	182,073	13,484	8.4
1892	243,205	19,326	7.9
1904	-	24,228	-
1927	471,524	50,580	10.7

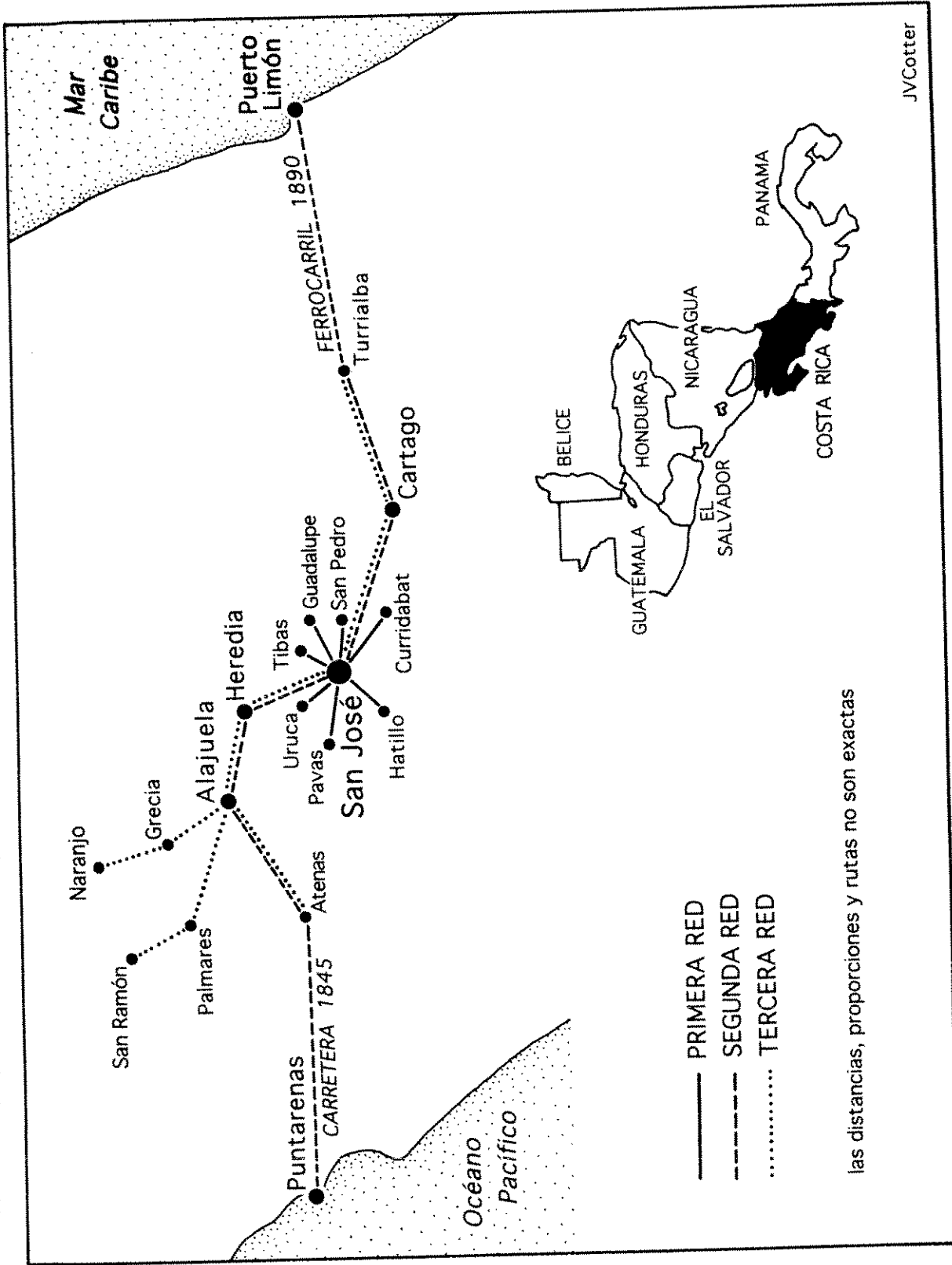
Fuentes: Gudmundson, *Costa Rica Before Coffee*, pág. 149; y González Víquez, *Apuntes estadísticos sobre la ciudad de San José* (San José: Imprenta de Avelino Alsina, 1905), pág. 3.

La capital era el sol alrededor del cual "giraba" una triple red de pueblos (Mapa 1).³⁰ La primera estaba compuesta por los pueblos pequeños del traspais josefino, señalados con precisión por Hall: la Uruca, Pavas, Guadalupe y otros (en muchos casos también sitios con importantes beneficios del café).³¹ La segunda red la constituían los pueblos más grandes y establecidos, tales como Alajuela, Heredia y Cartago. Estos pueblos experimentaron un crecimiento económico debido a la chispa suministrada por la ciudad "transformadora" (para utilizar la expresión de Braudel). En esta segunda red podríamos también ubicar el puerto de Puntarenas, en el Pacífico, el cual crecía vertiginosamente en las décadas de 1850 y 1860. Su expansión se debió a las flotas que llegaron para recoger el grano (a partir de la apertura del ferrocarril al Atlántico, en 1890, la red se extendió a Puerto

³⁰ Braudel, *Structures du quotidien*, I: 444-446.

³¹ Hall, *El café y el desarrollo*, pág. 74.

MAPA 1. SAN JOSÉ, CENTRO DE UNA TRIPLE RED DE FUEBLOS (1840-1900)



Fuentes: Samper, *Generations of Settlers*, pág. 116; Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 246; y Hall, *El café y el desarrollo*, pág. 74. STEVEN PALMER, "PROLEGÓMENOS A TODA FUTURA HISTORIA DE SAN JOSÉ, COSTA RICA". © Mesoamérica 31 (JUNIO DE 1996): 197.

Limón).³² La tercera red se formaba por pueblos establecidos como centros en el contexto de la colonización de la frontera agrícola (Grecia, Naranjo y San Ramón en el oeste, por ejemplo o, más tarde, Turrialba en el este).³³ Ellos también recibieron varios impulsos indirectos de San José, ya sea en la apertura de nuevas carreteras o líneas de ferrocarril, o en el incremento del precio de la tierra en las vecindades natales de los futuros colonos. En síntesis, San José era único en términos latinoamericanos, porque era el centro de la política, la cultura, el comercio, los servicios y la producción agroexportadora. Por supuesto, no debemos perder de vista que, en el esquema universal, San José era poco más que un planeta distante y dependiente, que giraba alrededor del sol del sistema capitalista (que por esos momentos brillaba en Londres) y que sus pueblos secundarios y terciarios eran lunas que reflejaban la brillantez del capital hacía la capital.

DIFERENCIACIÓN ESPACIAL Y CAMBIO CULTURAL

Entre su fundación y 1900, la ciudad experimentó una sola fase significativa de cambio espacial, y esto no empezó sino hasta 1870, cuando la riqueza cafetalera era extremadamente madura. La ciudad original, aunque en su esencia típica del diseño clásico americano, tenía un centro partido con dos plazas a doscientos metros de distancia. Según González Víquez, la plaza noroccidental era la plaza original, sitio de la ermita y el cabildo. La segunda plaza llegó a ser la principal a partir de 1776, con la inauguración de la nueva iglesia (Figura 1). La plaza original, sin embargo, conservaba sus funciones públicas: allí se localizaba el edificio de la Factoría de Tabaco, que sirvió para los primeros edificios gubernamentales del Estado y República de Costa Rica. A partir de 1850, este viejo punto céntrico se renovaba con la construcción del Palacio Nacional.³⁴ La nueva plaza, no obstante, llegó a ser el punto focal de la ciudad para fines de comercio, fiestas y culto.

³² Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pp. 199-202.

³³ Mario Samper, con su libro *Generations of Settlers: Rural Households and Markets on the Costa Rican Frontier, 1850-1935* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1990), ofrece el más detallado análisis del proceso.

³⁴ Según varios relatos, el Palacio Nacional, cuyas proporciones recordaron la Casa de la Reina en Greenwich, de Christopher Wren, y la Universidad de Santo Tomás, construida en 1854 con la misma apropiación de fondos, eran los edificios más lindos del San José del siglo XIX; ambos quedaron destruidos por el terremoto de 1924.

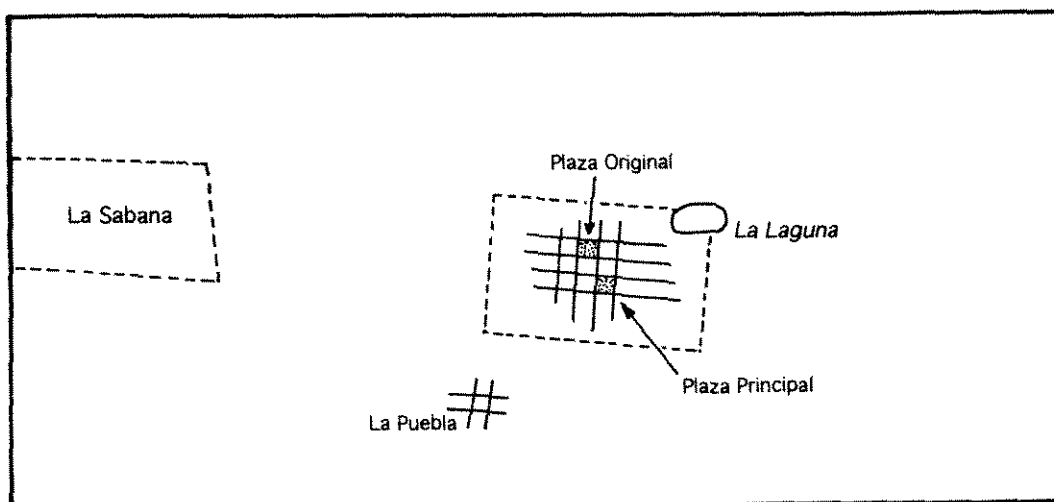


FIGURA 1. PUNTOS CÉNTRICOS DE SAN JOSÉ ENTRE 1776-1840

Debido a este centro partido, la ciudad también tenía dos avenidas principales que atravesaban las plazas de este a oeste. La avenida principal, que separaba el lado norte de la plaza central del cuartel principal, adquirió un punto terminal hacia el occidente en 1845, con la erección del Hospital San Juan de Dios. Según Meagher, éste era, en 1858, todavía el edificio más grande de San José. Tenía un cuerpo principal y dos alas, una de las cuales funcionaba como asilo para los dementes de ambos sexos, y otra provisionalmente como cárcel.³⁵ En 1864, la ciudad de San José contaba con casi 9,000 almas, 28 edificios públicos y 80 cuadras.³⁶ A corta distancia hacia el sur de la plaza, y separado del casco, se encontraba el barrio pobre de La Puebla. Los cementerios ocupaban terrenos fuera de la ciudad hacia el occidente,

³⁵ Meagher, "Vacaciones en Costa Rica", pág. 409.

³⁶ Molina, *Costa Rica (1800-1850)*, pág. 208.

al borde de los pastos comunes, o Campos de Martes, más comúnmente conocidos como La Sabana (Figura 2).³⁷

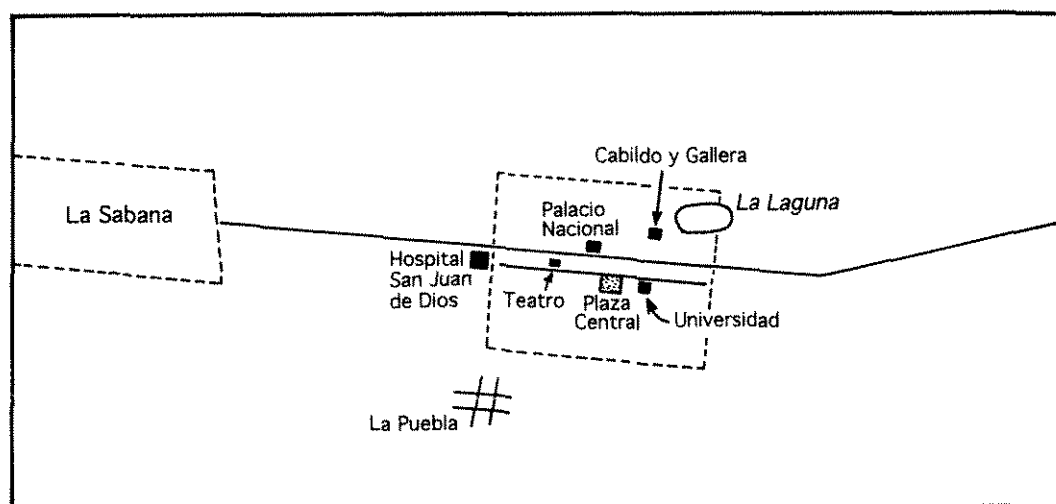


FIGURA 2. PUNTOS CÉNTRICOS DE SAN JOSÉ ENTRE 1840 Y 1870

El cambio más significativo del decenio de 1850 fue una marcada expansión en el ofrecimiento de bienes y servicios. Como lo han descrito últimamente Patricia Vega y Patricia Fumero, el casco urbano vio abrir sus primeros hoteles, restaurantes, clubes, fondas y farmacias. La ciudad adquirió un nuevo aspecto comercial con la venta de modas

³⁷ También se puede consultar el mapa de San José en 1842 recreado en Clotilde Obregón, *Carrillo. Una época y un hombre, 1835-1842* (San José: Editorial de Costa Rica, 1991), pág. 31. Patricia Fumero Vargas, "La ciudad en la aldea. Actividades y diversiones urbanas en San José a mediados del siglo XIX", en *Héroes al gusto*, pp. 79-80, tiene un mapa de los edificios y servicios principales de San José entre 1850 y 1860.

europas, desde zapatos, ropa íntima, vestidos y chaquetas, hasta papel pintado, muebles, pianos, vinos finos, jamones de Westfalia, quesos de Holanda, nueces exóticas y demás delicias. Para esa década, se iba configurando un mercado de alquileres de apartamentos y casas, servicios de diligencias y caballerizas, y un amplio espectro de instrucción privada en música, idiomas, dibujo y de varios oficios artesanales.³⁸ De hecho, en cuanto a la variedad de servicios disponibles, para finales de la década de 1850, San José —con sólo la octava parte de la población— estaba tan al día como la Ciudad de Guatemala de la misma época. La reciente recreación detallada de Ralph Lee Woodward, sobre los servicios ofrecidos en la capital guatemalteca a mediados del siglo XIX, como los trabajos de Fumero y Vega, enfatizan el papel pionero que tuvieron los extranjeros en esta diversificación.³⁹

En algunos aspectos, San José era mucho más adelantado que las otras capitales más antiguas del Istmo. Mientras que el Gran Teatro de Carrera sólo se terminó de construir en 1859, el también neo-clásico Teatro Mora de su leal contraparte costarricense se había inaugurado en 1850. Parece que, para las élites rústicas del siglo XIX, la manera más eficiente de civilizarse era construir un teatro. En 1853, Marr siempre pudo ver a Mora y a otros vecinos principales en la gallera, apostando con los plebeyos. Solamente cinco años más tarde, Meagher informaría que, aunque a la gallera siempre asistían gente de todas las clases sociales,

este juego cruel, absurdo y villano está pasando rápidamente de moda. Hubo un tiempo, y de esto hace apenas cinco o seis años, en que el presidente [Mora] y todo el gabinete se dejaban ver en la gallera; pero

³⁸ Véanse Fumero, "La ciudad en la aldea"; y Patricia Vega Jiménez, "De la banca al sofá. La diversificación de los patrones de consumo en Costa Rica (1857-1861)", en *Héroes al gusto*, pp. 77-107 y 109-135, respectivamente.

³⁹ Ralph Lee Woodward, *Rafael Carrera and the Emergence of the Republic of Guatemala, 1821-1871* (Athens: University of Georgia Press, 1993), pp. 414-415. El retrato de Woodward difiere notablemente de la perspectiva de Gisela Gellert sobre el espacio mercantil de la capital; Gellert mantiene que las fuentes contemporáneas ofrecen un cuadro de un comercio "tan poco desarrollado alrededor de 1860 que los escasos negocios se concentraban...cerca de la plaza central...". Véase Gisela Gellert, "Desarrollo de la estructura espacial de la Ciudad de Guatemala desde su fundación hasta la revolución de 1944", en Gellert y Julio César Pinto Soria, *Ciudad de Guatemala. Dos estudios sobre su evolución urbana* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1992), pág. 14. Tal vez la diferencia resulta más de distintas expectativas que de errores históricos.

ahora rara vez y quizás nunca se encuentra en ella a un político distinguido y mucho menos a un estadista, aun en vísperas de una elección.⁴⁰

Más bien, es en el teatro donde Meagher encuentra a Mora, su hermano, el ministro de guerra y otros ministros, todos sentados con sus esposas en el palco del presidente, para la actuación nocturna del domingo.

Es en esta década al inicio de la segunda mitad del siglo, cuando algo parecido a una cultura burguesa empieza a formarse y diferenciarse de la cultura de los grupos populares urbanos (artesanos y jornaleros) y rurales. Esta cultura se refleja en los patrones de consumo y comportamiento, los valores y actitudes hacia la familia y la adopción de ideologías modernas, como el liberalismo, y religiones modernas, como la masonería.⁴¹ El crecimiento demográfico en general, la promesa de un mundo urbano de anonimato y la apertura de estas escisiones visibles —entre una cultura burguesa del entorno urbano y las distintas tradiciones culturales de las clases populares (urbanas y rurales)— harán necesario la invención de una metacultura oficial. El nacionalismo intentaría retejer la comunidad política en el plano imaginario (aunque este proceso no adquiere ímpetu ni urgencia sino hasta la década de 1880).⁴²

A pesar de todos estos cambios fundamentales, la ciudad conservaba la misma conformación espacial, esencial hasta el decenio de 1870. Fácilmente se podía aplicar a San José la bella descripción que hace Jorge Hardoy del atractivo del pueblo americano de mediados del siglo XIX. Tenía una unidad visual armoniosa, un trazado espacial lógico, pasillos placenteros entre amplias extensiones de adobes escasamente encalados, con sus ventanas y balcones distribuidos de manera espontánea, sin pretensiones. La funcionalidad se revelaba a primera vista: la localización de la Plaza de Armas, de las iglesias, de las calles principales, las casas céntricas de las clases adineradas y una plaza

⁴⁰ Meagher, "Vacaciones en Costa Rica", pp. 380 y 405.

⁴¹ Para un resumen de este proceso de cambio cultural, véase el "Epílogo" de Molina y Palmer, *Héroes al gusto*, pp. 207-210.

⁴² Steven Palmer, "Sociedad anónima, cultura oficial. Inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900", en *Héroes al gusto*, Molina y Palmer, editores, pp. 180-195, en particular.

“desnuda” —tal vez con una fuente— lista para sus múltiples usos diarios.⁴³

Habría que enfatizar que lo que describe Hardoy es la belleza prolongada de la ciudad colonial. De hecho, se podría decir que el ascenso rápido al poder y riqueza que transitó San José antes de 1850 le permitía realizar el ideal de la ciudad indiana en la época republicana. No obstante, su modernidad se manifestaría sin tardanza. Es probable que haya una conexión entre los impulsos para incorporar los patrones coloniales tan tarde y tan rápidamente, y los que conducían a los residentes preeminentes a dejarlos atrás tan tempranamente. En la década de 1880, los puntos focales de la ciudad empiezan a proliferar de nuevo y la diferenciación espacial toma una dirección distinta. El indicador simbólico y social de este cambio fue, literalmente, un *desplazamiento*: el mercado se traslada a un sitio permanente en el occidente del casco central, y las familias burguesas empiezan a trasladarse hacia una zona residencial en el extremo noreste del área céntrica. La pérdida de un enfoque principal se combina con una expansión geográfica y demográfica, además de una variación de estilos arquitectónicos y materiales de construcción, para conformar un entorno urbano más complejo en todo sentido.

En 1870, la plaza principal, el anterior corazón comercial de la ciudad, estaba convertida en un jardín público, encerrada por una cerca de hierro fundido, importada de Inglaterra, y había sido transformada en el parque central. Seguía siendo un espacio para la mezcla de todas las clases, pero ahora más en términos del “mercado” de moda e imagen. El nuevo y especializado edificio del mercado —higiénico, supervisable y diariamente operativo— se inauguró en 1880, unas cuabras al oeste del Palacio Nacional. Rápidamente vuelve a ser un punto cardinal de la nueva ciudad popular. El cuadrante del suroeste de San José, que se conformó alrededor del hospital, se había consolidado como el sector más pobre de la ciudad, a pesar de la coexistencia dentro de sus límites de barrios mixtos entre clase media, artesanos y peones. El sector al norte y al oeste del mercado era el sitio de la segunda ola del crecimiento de barrios populares en San José, principalmente a partir de 1900, y otra vez con elementos mixtos entre una pobreza generalizada (Figura 3).

⁴³ Hardoy, “Two Thousand Years of Latin American Urbanization”, pág. 34.

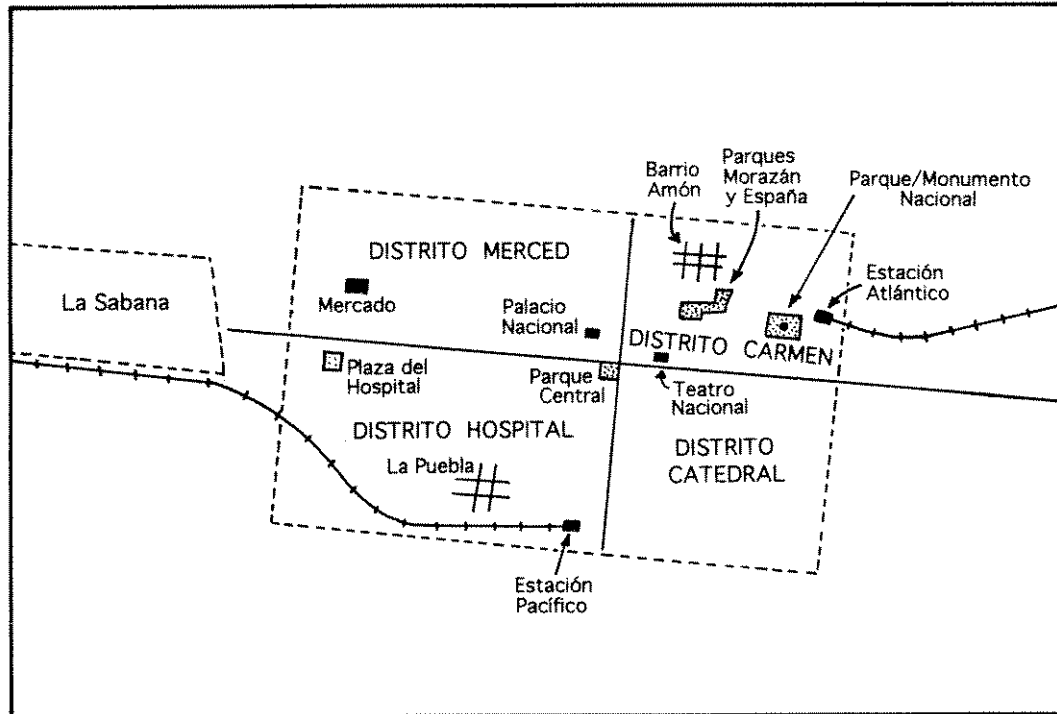


FIGURA 3. PUNTOS CÉNTRICOS DE SAN JOSÉ ENTRE 1870 Y 1900

Las dos décadas finales del siglo fueron marcadas por cambios significativos en los servicios urbanos. En 1881, la primera línea telegráfica de Limón llegó a la Meseta Central (la línea desde el Pacífico era de 1869). En 1884, el alumbrado eléctrico reemplazó el canfin en calles selectas, y dos años después iluminaba algunas casas particulares. En 1886 empezó un servicio telefónico entre las principales oficinas del gobierno, y en 1894 se encontraba disponible a particulares pudientes. Finalmente, a partir de 1889 hay un servicio de tranvía que cruza la ciudad. Igualmente significativo en cuanto a servicios urbanos, el servicio de policía para la ciudad se reorganizó entre 1885 y 1887. El resultado final, como ha demostrado Mayela Solano y Carlos Naranjo, era un cuerpo mucho más numeroso, bajo el mando del Ministerio de Gobernación y Policía, en vez de la municipalidad, y sus rondas se

orientaban hacia la protección de la propiedad de los sectores acaudalados.⁴⁴

En 1878, en los extremos de la ciudad, empezó a operar la estación del ferrocarril que conectó los pueblos principales del Valle Central (a partir de 1890, la estación adquirió un bello edificio con la inauguración del servicio a Limón). A su lado estaba el enorme edificio industrial de la aduana, hecho de ladrillo. En 1889 y 1890, la municipalidad emprendió el drenaje de La Laguna, que fuera anteriormente un pantano en la franja noreste del casco. En su lugar arreglaron el elegante parque Morazán (nombrado, irónicamente, por el libertador de Centroamérica, ajusticiado por la tropa costarricense a unos cientos de metros de distancia en lo que había sido la plaza principal). Frente al parque se construyó en 1890 el Edificio Metálico, una escuela primaria y un centro cultural hecho de secciones de metal prefabricadas en Bélgica (era el Palacio de Cristal de los josefinos).⁴⁵ Al otro lado del parque, segregado del resto de la ciudad por la verdura y la monumentalidad, los cafetaleros levantaron su Barrio Amón.

Con la dictadura de Tomás Guardia (1870-1882) hubo una expansión de la burocracia pública. El sistema educativo creció bajo su régimen y, de manera notable, después de la reforma educativa de 1886.⁴⁶ El nuevo Estado ético engendraba un cuadro de intelectuales y funcionarios, una nueva ola de edificios públicos —la mayoría escuelas— y promovió una proliferación de periódicos y otras publicaciones. Los nuevos sectores medios impulsaron una expansión de modos de consumo urbano y burgués. El Estado ético también se apropió de mucho espacio simbólico dentro del ámbito urbano. En 1895, parte del terreno entre la Fábrica Nacional de Licores y la Estación del Atlántico se convirtió en el arreglado Parque Nacional. En su centro, el Estado erigió el maravilloso Monumento Nacional, una escultura en bronce

⁴⁴ Carlos Naranjo G. y Mayela Solano Q., "El delito en San José: 1870-1900". *Revista de Historia* 20 (1989): 86-88.

⁴⁵ Como tal, acogía al público común, en forma similar a la gente inglesa respecto a su Palacio de Cristal. Aunque en el caso josefino construido por el Estado, el edificio sirvió para varias funciones públicas, inclusive las de corte político, y fue en su entrada en 1919 en donde estalló el motín contra los Tinoco. Sobre el significado del Palacio de Cristal, véase Marshall Berman, *All that is Solid Melts into Air. The Experience of Modernity* (New York: Penguin Books, 1982), pp. 235-248.

⁴⁶ Astrid Fischel Volio, *Consenso y represión. Una interpretación socio-política de la educación costarricense* (San José: Editorial Costa Rica, 1987).

(hecha, por supuesto, en Francia) que conmemoraba la derrota de William Walker en 1857. Era el objeto principal en la nueva red iconográfica de la imagen nacional (diseñada y más prominentemente expuesta en la capital). Entre 1880 y 1900, la ciudad vio nacer una Biblioteca Nacional, un Archivo Nacional, un Museo Nacional, un Parque Nacional y un Monumento Nacional.

El elemento final en este nuevo diseño simbólico de la ciudad fue el ostentoso Teatro Nacional, construido por medio de una infusión enorme de fondos públicos, para celebrar las glorias de la civilización cafetalera. El teatro tuvo su inauguración apropiadamente en 1897, el mismo año en que la economía cafetalera sufrió su más drástica depresión en muchos años. Más que un teatro, éste era la catedral liberal, y sus toques grandiosos, en un eclecticismo neoclásico, coronaron la *belle époque* de San José.⁴⁷ Con su multiplicidad de tiendas llenas de productos de moda, con sus servicios y palacios modernos, tanto para San José como para la Ciudad de Guatemala de la época de Reina Barrios, descrita por Gisela Gellert, la década final del siglo vio el estreno de una elegante "ciudadela europeizada".⁴⁸

En su obra clásica, *Fin-de-siècle Vienna*, Carl Schorske argumenta que el gran foro a lo largo del Ringstrasse de la ciudad, con sus monumentos, edificios públicos y viviendas era un "índice iconográfico" de la mente del liberalismo austriaco ascendente.⁴⁹ El análogo del San José de fin de siglo, aunque en una escala mucho más modesta y menos intensa, se componía del paseo entre la Estación al Atlántico y el Palacio Nacional. Esta ruta, que correspondía exactamente a la red de alumbrado eléctrico, era el orgullo de los josefinos decentes de la época.⁵⁰ En el caso de los edificios del Ringstrasse, el diseño de cada componente tenía una justificación ideológica. Sería peligroso sugerir lo contrario para el caso josefino, dada la ausencia de investigación sobre el tema. Sin embargo, en general podemos decir que el pastiche

⁴⁷ Para una reproducción de varias opiniones arquitectónicas sobre el Teatro Nacional, véase Astrid Fischel Volio, *El Teatro Nacional de Costa Rica. Su historia* (San José: Editorial Teatro Nacional, 1992), pp. 195-206.

⁴⁸ Gellert, "Desarrollo de la estructura espacial", pp. 21-22.

⁴⁹ Carl Schorske, *Fin-de-siècle Vienna: Politics and Culture* (New York: Vintage Books, 1981), pág. 27.

⁵⁰ La ruta del alumbrado está trazada en el valioso estudio de Carlos Altezor, *Arquitectura urbana en Costa Rica. Exploración histórica, 1900-1950* (San José: Editorial Tecnológica, 1986), pág. 37.

de estilos visibles en este camino principal —desde el eclecticismo exagerado del teatro hasta el modernismo del edificio metálico— no constituían distintas visiones de la modernidad en pugna (como en el caso de Viena), sino que tenían como motivo y efecto primordial el señalar la modernidad (la europeidad), en pugna con el pasado (la hispanoamericanidad).

El signo más impactante de este vanguardismo conservador —y el cambio espacial más radical— fue el traslado de la comunidad cafetalera y comerciante, del antiguo casco urbano hacía su propia suburbanización, separada de la ciudad por un complejo de parques y edificios públicos.⁵¹ Dado que el traslado no empezó sino hasta 1897, la experiencia josefina no era tan temprana en términos latinoamericanos.⁵² No obstante, en el ámbito centroamericano, los josefinos estaban por lo menos dos décadas adelantados en este respecto. En el caso de Guatemala, Gellert subraya el hecho de que, todavía en la década de 1940, de las familias mercantiles que habían residido cerca de la Plaza durante la época de la Independencia, 70 por ciento vivían todavía en sus casas mudejares, tal vez renovadas, mientras que un 50 por ciento de las familias cafetaleras del decenio de 1870 seguían siendo residentes del viejo centro. Sólo los inmigrantes acaudalados abandonaron el casco por terrenos más grandes y chalets de dos pisos, a partir de 1890. En San Salvador, el éxodo del centro de la burguesía ocurrió a partir de 1920, según Mario Lungo y Sonia Baires.⁵³

Los cafetaleros, comerciantes y profesionales preeminentes de San José revelaron la debilidad relativa de sus tradiciones espaciales americanas y una voluntad precoz de emular estilos foráneos de vivir. El primer signo de esta voluntad había sido ya evidente para John

⁵¹ Para una evaluación histórica de la importancia del suburbio en Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, véase Robert Fishman, *Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia* (New York: Basic Books, 1987).

⁵² G. Geisse G., "Tres momentos históricos en la ciudad hispanoamericana del siglo XIX", en *De Teotihuacán a Brasilia. Estudio de historia urbana iberoamericana y filipina*, Gabriel Alomar, editor (Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1987), pág. 427.

⁵³ Véase Gellert, "Desarrollo de la estructura espacial", pág. 29; y Mario Lungo y Sonia Baires, "Población y economía en la consolidación de la capital salvadoreña: 1880-1930", en *La estructuración de las capitales centroamericanas*, Fernández y Lungo, editores, pág. 153. En Tegucigalpa, parece que el traslado de las élites hacía la periferia ocurrió a partir de la década de 1930. Leticia Salomón y Betenia Galo, "Expansión y estructuración urbana de Tegucigalpa", en *La estructuración de las capitales centroamericanas*, Fernández y Lungo, editores, pp. 295-296.

Lloyd Stephens en 1839. El aventurero y diplomático estadounidense notó, con aprobación, que al frente de la plaza “había una casa que atestiguaba que su dueño había estado en el extranjero, regresando con la mente despreocupada hasta el punto de adoptar los adelantos de otros países y de construir de manera diferente a como lo hicieron sus antepasados y apartándose del gusto de sus vecinos”.⁵⁴

Según el estudio pionero de Florencia Quesada, la propuesta para hacer un barrio subúrbico fecha en 1892 y la lotificación del Barrio Amón ocurrió en 1897, aunque el traslado concreto no empezó sino hasta la primera década de este siglo, y la élite no abandonó el centro completamente hasta después del terremoto de 1924.⁵⁵ El caso del Barrio Amón revela, otra vez, la importancia de los extranjeros en fomentar nuevos modelos de comportamiento entre las élites, ya que el nombre del barrio se derivó de su promotor, el francés Amon Duplantier. El eclecticismo de las casas del barrio, que abarcaba desde las villas españolas hasta las casas de tres pisos, con jardines exteriores, —emulando el estilo de los suburbios acaudalados de los Estados Unidos de la época—, complementó el rompimiento del esquema geográfico-moral de la ciudad americana.

El organicismo político-económico y la geometría moral del *polis* neoamericano de los cafetaleros se perdieron durante la época liberal, algo que la gran mayoría de escritores costarricenses (que se constituyeron como grupo identificable a partir de 1880) lamentó con una nostalgia característica de su obra.⁵⁶ En 1839 Lloyd Stephens visitó al jefe del Estado, Braulio Carrillo, en su hogar. A ojos del extranjero, la casa era “bastante republicana y nada había en ella que la distinguiese de la de cualquier otro ciudadano. En una parte estaba una tiendecita de su mujer y en la otra tenía él su oficina para despachar los asuntos del Gobierno”.⁵⁷ Sin duda, Carrillo también se ocupaba de su propio comercio en la oficina. La naturaleza no diferenciada de la política, el comercio y la domesticidad eran todavía aparentes para Marr en 1854. En el día de mercado, el ministro Carazo y su esposa lo atendieron en

⁵⁴ John Lloyd Stephens, “Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán”, en *Costa Rica en el siglo XIX*, Fernández Guardia, compilador, pág. 69.

⁵⁵ Véase el artículo de Florencia Quesada Avendaño en este mismo número.

⁵⁶ Al respecto, véanse los trabajos de Margarita Rojas et al., *La casa paterna. Escritura y nación en Costa Rica* (San José: Editorial de la UCR, 1993); y de Alvaro Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional (1890-1910)* (San José: Editorial de la UCR, 1986).

⁵⁷ Lloyd Stephens, “Incidentes de viaje”, pág. 70.

la tienda de ellos, cerca de la plaza (el alemán compró una cajita de fósforos).⁵⁸ La familia patricia, el hogar y el lugar de comercio ocuparon el mismo espacio. Estas esferas se entremezclaban con la plaza y los asuntos del gobierno. Todos coexistían dentro de los confines de una sección pequeña del centro de la ciudad, la cual también constituía un escenario para las relaciones cotidianas entre las élites y los plebeyos.

El traslado hacía el Barrio Amón era un momento determinante en la fracturación de este espacio orgánico. Pero el proceso ya estaba en marcha, con el desplazamiento del mercado, el crecimiento de una economía monetizada y la expansión de una burocracia despersonalizada. El espacio de comercio también se desligaba del hogar: era ahora una tienda, un paso más aislado de la imagen y reputación de la familia. La nueva familia burguesa se retiró entonces para el encierro doméstico. La diferenciación de fin de siglo entre hogar, comercio y centro urbano también marcó un momento central en la separación de la mujer del espacio público en Costa Rica. Junto con el triunfo de la ideología liberal y positivista llegó lo que Joan Landes describe como “la redirección de la existencia pública y sentimental de la mujer hacía una nueva alegoría de una vida familiar virtuosa y republicana”.⁵⁹ Esta redirección era, por supuesto, tanto física como emocional. En los relatos de los viajeros de principios y mediados del siglo XIX siempre figuran los papeles protagonistas de las mujeres costarricenses: sus comentarios sobre la política, sus conversaciones acerca de las aventuras extramaritales, su costumbre de “fraternizar” y fumar con los hombres durante los entreactos del teatro, su actividad en las tiendas principales. Estaban siempre subordinadas, por supuesto —en maneras que todavía quedan por explorar—, pero las mujeres urbanas no habían experimentado el enclaustramiento que les llegó con la consolidación de la cultura burguesa y liberal de la segunda mitad del siglo XIX.⁶⁰

⁵⁸ Marr, “Viajes a Centroamérica”, pág. 181.

⁵⁹ Joan B. Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1988), pág. 159.

⁶⁰ Tampoco quedaron contentas por mucho tiempo con este estilo de subordinación e invisibilidad pública, hecho patentizado por el liderazgo de las mujeres josefinas del motín urbano contra la dictadura de Tinoco en 1919. Dos intentos pioneros de entender las relaciones entre los géneros en el siglo XIX son: Alfonso González, “Mujer y familia en la vida cotidiana de la segunda mitad del siglo XIX” (tesis de maestría en historia, Universidad de Costa Rica, 1993); y Dora Cerdas, “Matrimonio y vida familiar en el graben [valle] central costarricense” (tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de Costa Rica, 1992).

CONCLUSIÓN
HACIA LA METRÓPOLI EN MINIATURA

Como nota Robert Fishman, hay que considerar siempre a los suburbios en relación con su opuesto: la metrópoli.

Si los creadores dieciochescos de la suburbia legaron a sus sucesores su ideal positivo de la vida familiar en unión con la naturaleza, también les pasaron sus más profundos temores acerca de vivir en una metrópoli inmoral e inhumana.⁶¹

El traslado de los cafetaleros hacía el Barrio Amón señaló, en cierta medida, el abandono de la ciudad patricia y los inicios de la ciudad masificada. En 1902, coincidiendo con la construcción del Barrio Amón, los ingenieros Gerardo y Enrique Jiménez publicaron un manual pagado por el Estado.⁶² El libro promovía para el hogar ideal una villa de dos pisos, con los dormitorios en el segundo piso y rodeada por jardines al estilo inglés. La higiene política y moral era tan importante como la higiene física.

En caso de movimientos populares, es claro que una habitación colocada en el interior de la propiedad estaría más al abrigo que otra colocada al borde de la calle...La casa aislada nos proporciona finalmente mayor protección contra las enfermedades infecciosas y contra la corrupción moral...Los niños estarían también al abrigo del mal ejemplo que cunde en la calle, de la palabra mal sonante del ebrio o del ademán indecoroso de la mujerzuda.⁶³

La clase preeminente de la sociedad urbana se sintió amenazada. En su articulación de este temor, los intelectuales josefinos siguieron un camino distinto del de sus homólogos continentales. En Costa Rica, en el último tercio del siglo XIX, no había nada equivalente a las preocupaciones de Miguel Samper acerca del papel parasítico de la

⁶¹ Fishman, *Bourgeois Utopias*, pág. 27.

⁶² Gerardo Jiménez y Enrique Jiménez, *Higiene de las habitaciones y del agua en Costa Rica* (San José, Costa Rica: Tipografía Nacional, 1902).

⁶³ Jiménez y Jiménez, *Higiene de las habitaciones y del agua en Costa Rica*, pág. 79.

ciudad capital y sus clases parasíticas (herederos de las tradiciones del virreinato); ni a la desesperación de Joaquín Capelo al observar la decadencia moral en el corazón de la sociedad limeña.⁶⁴ Entre las principales razones de la falta de semejantes meditaciones urbanas en San José habría que destacar la ausencia relativa de un éter colonial —apenas se podría ver en la aglomeración urbana que era San José un producto del monopolio, absolutismo, oscurantismo e intolerancia espiritual. Si los intelectuales costarricenses estaban en el proceso de llegar a ser “deterministas coloniales”, la interpretación era totalmente distinta, porque vieron en el aislamiento, retraso y pobreza de su vida colonial la razón por la cual el país supuestamente se escapó de las influencias feudales y de las divisiones arraigadas —étnicas, sociales y políticas—, cuyos efectos siempre influían los viejos centros del sistema colonial americano. Además, precisamente a causa del papel central y progresista que San José desempeñó en la llegada tanto del gobierno republicano como del capitalismo agrario, difícilmente se podía representar a la ciudad como un parásito, “alimentándose con el cuerpo social de la nación entera”, como Richard Morse ha descrito el diagnóstico predominante de la ciudad post-colonial hecho por esta primera generación de urbanistas latinoamericanos.⁶⁵

El temor de la oligarquía tica era distinto, cuando sus ojos miraban hacía un futuro que creía poder ver en el mundo industrializado occidental. La ciudad era el punto de máxima concentración de este futuro, y los jóvenes intelectuales josefinos, en su mayoría reformadores positivistas, se preocuparon cada vez más con una “cuestión social” cuyo escenario principal era la ciudad. Varios trabajos han ofrecido excelentes análisis del crecimiento de las culturas y las organizaciones obreras de 1870 en adelante. Aún cuando la gran mayoría de trabajadores en Costa Rica se dedicaban a labores agrícolas, los obreros y empleados de la ciudad tenían más peso político, debido a su mayor

⁶⁴ La interpretación de los textos claves de Samper, *La miseria en Bogotá* (1867) y *Retrospecto* (1896), y de Capelo, *Sociología de Lima* (1895-1902) es la de Richard M. Morse, “Latin American Intellectuals and the City, 1860-1940”, *Journal of Latin American Studies* 10 (1978): 2: 221-227.

⁶⁵ Morse, “Latin American Intellectuals and the City”, pág. 227. Sobre la interpretación liberal de la colonia en Costa Rica, véase Víctor Hugo Acuña Ortega e Iván Molina Jiménez, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991), pp. 21-23.

nivel de alfabetización, organización laboral y participación política (hasta las primeras décadas del siglo XX era una participación indirecta pero significativa, en términos simbólicos y de legitimidad para el sistema político de la oligarquía).⁶⁶ Es también cierto que estas clases trabajadoras desarrollaban una nueva cultura urbana con sus propios espacios, estilos y modas de vida (aunque no tenemos estudios al respecto).⁶⁷ La coherencia de esta cultura y su lucha por mejorar su condición precaria —en organizaciones barriales y laborales, en movilizaciones políticas y en otras maneras menos formales— fueron un factor central en el surgimiento de una preocupación con la llamada “cuestión social”, tan notable en Costa Rica a partir de 1900.

Sin embargo, hay que enfatizar que la “cuestión social” no se conformaba por los problemas concretos que estaban experimentando estos grupos, ni por la manera en que estos últimos los articularon. La “cuestión social” era un discurso elaborado principalmente por reformadores positivistas, quienes interpretaron su ciudad con fines de poder recrearla. Aunque no nos queda espacio para explorar esta hipótesis, nos gustaría sugerir que el cambio en la ideología y la sensibilidad en los grupos dominantes a finales del siglo XIX, combinado con los ya mencionados cambios en la ciudad, conducían a *la necesidad de percibir* una clase peligrosa y una crisis moral, que se desarrollaban dentro del ámbito urbano, cuando es más que cuestionable que semejante peligro existiera. Al hablar de los intelectuales ciudadanos en la historia latinoamericana, Angel Rama ha notado que sólo esta ciudad letrada

⁶⁶ Véanse en particular, Mario Oliva Medina, *Artesanos y obreros costarricenses, 1880-1914* (San José: Editorial Costa Rica, 1985); y Víctor Hugo Acuña Ortega, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* (San José: CENAP y CEPAS, 1986).

⁶⁷ Para dos rendiciones autobiográficas, de extraordinaria riqueza, de cómo era crecer y formarse en estos nuevos barrios populares entre 1900 y 1920, véanse Carlos Luis Fallas, *Marcos Ramírez*, 4ª edición (San José: Editorial Costa Rica, 1986); y Luisa González, *A ras del suelo* (San José: Editorial Costa Rica, 1989). Para un intento de entender elementos de la cultura popular urbana según la perspectiva de jóvenes artesanos, véase Steven Palmer, “Pánico en San José. El consumo de heroína, la cultura plebeya y la política social en 1929”, en Iván Molina Jiménez y Steven Palmer, editores, *El paso del cometa. Estudios sobre las culturas populares en Costa Rica (1800-1950)* (San José y South Woodstock, Vermont: Editorial Porvenir y Plumsock Mesoamerican Studies, 1994), pp. 191-224.

es capaz de concebir, como pura especulación, la ciudad ideal, proyectarla antes de su existencia, conservarla más allá de su ejecución material, hacerla previvir aun en pugna con las modificaciones sensibles que introduce sin cesar el hombre común.⁶⁸

Pero en San José, la ciudad de los letrados era una imagen compuesta de la modernidad como ya la había experimentado el occidente, imagen que ya incluía dentro de sus elementos "ideales" una peligrosa multitud plebeya que había que salvar, castigar, rehabilitar, en suma, civilizar.

En cuarenta años, la ciudad había crecido sólo un 150 por ciento; el censo de 1904 registró 24,000 habitantes, en 4,400 viviendas y 259 manzanas. Al resumir los datos, Cleto González Víquez confesó que el resultado había "causado una desilusión, pues a juzgar por su movimiento, San José parece ser una ciudad más populosa".⁶⁹ A pesar de su tamaño reducido, entre 1904 y 1927 (fecha del siguiente censo, el cual registró que la población se había más que duplicado en 23 años), San José adquirió un cuerpo de detectives, una penitenciaría panóptica y agencias para la protección de la infancia, el trabajo social y la higiene pública. Este estado de bienestar en forma embrionaria — lo cual era, otra vez, sumamente precoz en términos centroamericanos— tuvo su impulso inicial en el mismo modernismo conservador, que había caracterizado a los grupos dirigentes de la ciudad desde su fundación. No es una casualidad que el aparato tuvo su génesis en el momento del abandono de la ciudad patricia por parte de la clase dominante: entre sus objetivos estaba el de mediar entre los mundos más segregados y las funciones más fragmentadas de la nueva ciudad. Este Estado tenía que ocuparse con una sociedad josefina cada vez más popular, fluida, cosmopolita y volátil. Pero la historia del crecimiento de esa ciudad popular, y su interacción con el San José decente y el Estado benefactor, quedan para estudios futuros.

⁶⁸ Angel Rama, *La ciudad letrada* (Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1984), pág. 38.

⁶⁹ Cleto González Víquez, *Apuntes estadísticos sobre la Ciudad de San José* (San José: Imprenta de Avelino Alsina, 1905), pág. 3.